



Contar el oficio docente: palabras para potenciar

Pamela Vestfrid

Question/Cuestión, Nro.73, Vol.3, Diciembre 2022

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

ICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e744>

Contar el oficio docente: palabras para potenciar

Telling the teaching profession: words to empower

Pamela Vestfrid

FPyCS, Universidad Nacional de La Plata

Argentina

pvestfrid@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0001-9690-0852>

Resumen

El oficio de educar tiene múltiples temáticas y dimensiones, que merecen ser documentadas por sus protagonistas. De una forma donde la sensibilidad y las experiencias, tienen el mismo valor que las citas de autoridad. Lo micro, desde la perspectiva cualitativa es considerado valioso, para la construcción de un conocimiento que cimienta el propio docente.

A través de estas páginas comparto reflexiones sobre las posibilidades que esta línea de indagación habilita, en un escenario de emergencia sanitaria en Argentina donde la educación remota tuvo que ser implementada.

Palabras claves: documentación, docente, pandemia, visibilizar

Abstract

The work of educating has multiple themes and dimensions, which deserve to be documented by its protagonists. In a way where sensitivity and experiences have the same value as authority quotes. The micro, in the qualitative perspective, is considered valuable for the construction of knowledge established by the teacher himself.

Through these pages I share reflections on the possibilities that this line of research makes possible, in a health emergency scenario in Argentina where distance education had to be implemented.

Keywords: documentation, teacher, pandemic, make visible

Enseñar y documentar

El oficio de educar tiene múltiples temáticas y dimensiones, que merecen ser documentadas por sus propios protagonistas. Las narrativas de experiencias pedagógicas habilitan nombrar, contar, mostrar y dialogar, sobre acontecimientos que parecen no tener lugar. De una forma diferente, donde la sensibilidad, las anécdotas, las experiencias, tienen el mismo valor que las citas de autoridad.

Preguntarse qué se desea contar, sin importar el tipo de letra, el tamaño de la hoja o la fecha de entrega. Olvidarse por un rato de las planillas por llenar, de los e-mails por contestar, de las reuniones por organizar, de los trabajos por calificar. ¿Qué se quiere visibilizar?, ¿Qué se quiere documentar? Para los docentes en formación y para los docentes en ejercicio ¿De qué se desea conversar?

Las urgencias cotidianas nos impiden detener el tiempo para pensar y plasmar en el papel o la pantalla aquellas ideas que consideramos valen la pena dejar registradas. Esto puede realizarse mediante la documentación narrativa de la experiencia docente, herramienta poderosa que conocí en el año 2013 de la mano de colectivos, nodos y redes de educadores.

Lo concreto que vivenciamos cada día, es desmenuzado y problematizado entre pares de una misma tribu, para alcanzar ideas más ricas, que permitan potenciar el oficio docente. La palabra oral y escrita, la reflexión y acción, son dimensiones que se articulan. Lo micro, desde la perspectiva cualitativa es considerado valioso, se amalgama lo emocional y lo racional, para la construcción de un conocimiento dinámico que cimienta el propio docente, que no es entendido como un mero reproductor de recetas pedagógicas.

De este modo, la invitación de la documentación narrativa de la experiencia docente es partir de las experiencias, pero no para quedarse en ellas, porque son solo la ventana, la excusa, para empezar a mirar, a desnaturalizar.

Cabe señalar, que esta forma de documentar el oficio docente puede ser llevada adelante por educadores en ejercicio o en formación, de todos los niveles educativos y que brinden conocimientos en cualquier campo o disciplina del conocimiento. A su vez, se puede acotar los temas a ser narrados, tomando uno en particular que se quiera abordar, por ejemplo: género, medioambiente, proyectos innovadores, tecnologías, entre otros.

Cuando nos damos el permiso de “contar”, pensamos, analizamos, escribimos, decimos. Así, vamos pasando por diferentes niveles cognitivos que permiten el autoanálisis, con el fin de superar el sentido común, facilitando la comprensión de la realidad, con el plus de que esto se realiza de manera colectiva, porque el docente lo desarrolla junto a pares, participando de nodos y redes. En un mundo individualista y competitivo, esta línea de trabajo propone otras maneras de ser y estar en el mundo.

En ese sentido, los relatos comprenden distintas versiones, y cada educador despliega al menos dos roles: autor y comentarista de relatos pedagógicos. La tarea de leer el trabajo de un par y comentarlo, no es con el propósito de marcar deficiencias, sino de hacer sugerencias que permitan que el texto sea mejorado en una nueva versión. El eco que nos trae un par, es una ayuda indispensable para conocer qué se entendió y qué no, donde deben efectuarse ajustes.

A través de estas páginas comparto algunas reflexiones sobre las posibilidades que esta línea de indagación me habilitó, desde mi rol como docente con más de 20 años de

trayectoria en el nivel superior e integrante de nodos y redes de formadores, tras un escenario de emergencia sanitaria en Argentina donde la educación remota tuvo que ser implementada.

A partir del año 2020, sensaciones, emociones y experiencias de un escenario cargado de incertidumbre, frente a una enfermedad nueva, masiva y sin remedios en el corto plazo, obligaba a ensayar constantemente “cómo vivir” y en ese contexto de emergencia sanitaria pensar “cómo educar y aprender”, en un tiempo en que el estar juntos se trasladó a los píxeles y las pantallas, dada la imposibilidad del encuentro cara a cara.

Al inicio de la pandemia en Argentina, de acuerdo a las declaraciones oficiales se esperaba que la suspensión de clases presenciales fuera por tan solo unos días, pero los periodos constantemente se reprogramaron hasta convertirse en largos meses. Los educadores, incluso los que eran más resistentes al uso de las tecnologías en sus prácticas, tuvieron que aprender a adoptarlas para brindar sus contenidos virtuales, sincrónicos o asincrónicos, pues no había otro modo.

Aquellas prácticas cara a cara que no se podían llevar adelante dada la pandemia, trajo como consecuencia que muchos actores sociales se animaran a hacer actividades de otras maneras: las transacciones comerciales, el entretenimiento y uso del tiempo libre, y obviamente los procesos de enseñanza y aprendizaje. Ello generó una aceleración en el crecimiento de la virtualización, es decir, que muchas personas usen de modo más intensivo las tecnologías en su cotidianidad, incluso otras lo empezaron a hacer por primera vez, pensemos por ejemplo en los niños del nivel inicial, que ya no hacían un uso de la tecnología para el entretenimiento, sino para el aprendizaje, cuando las clases de la enseñanza obligatoria de ese nivel fueron a través de las tecnologías de la comunicación, mediada por los docentes y el acompañamiento de sus familias.

En ese sentido, quedó en evidencia la falta de acceso a dispositivos por parte de muchas familias o docentes que solamente disponían de un celular, y quizás carecían de una computadora de escritorio o notebook para el trabajo académico. Asimismo, no solamente del aparato en sí, sino el contar con conectividad durante tiempos prolongados, tal como lo demandaba la educación remota. Otro factor a destacar, es que en el hogar no todos los alumnos ni docentes contaban con espacios de tranquilidad para las clases virtuales, que

permitieran la concentración y el trabajo intelectual. El límite entre lo privado y lo público se desdibujaba, cuando la escuela entraba a través de las pantallas al hogar. Al fin de cuentas, los edificios escolares, aún con sus instalaciones con escaso mantenimiento, su disposición panóptica, entre otras características, resultan espacios que posibilitan el encuentro y la concentración, indispensables para la promoción del aprendizaje.

Las clases en momentos de educación remota en emergencia, transcurrieron en un tiempo de características singulares, donde educadores y estudiantes comenzaron a desarrollar nuevas competencias: ser más autónomos organizándose para el trabajo intelectual, manejar aplicaciones que permitían una comunicación más directa mediante encuentros por videollamadas, realización de pósters, mapas conceptuales, búsqueda de información, etc.

En 2021 las clases del nivel inicial al nivel secundario se brindaron en burbujas, es decir un mismo grupo se dividía en partes pequeñas para regresar al encuentro directo en las instituciones educativas, hasta alcanzar a inicios del 2022 la presencialidad plena, cuando las características sanitarias de cada lugar lo permitieron tras la exitosa campaña de vacunación que trajo como consecuencia la disminución de los casos de Covid 19.

Las experiencias en cada nivel educativo, en cada escuela y familia son un mundo aparte, fue un tiempo muy extenso, de incertidumbre, de nuevos retos, que trajo diversas crisis: la pérdida de vidas humanas, de trabajos, con secuelas psicológicas, que perdurarán en el tiempo.

Lo invisible visible

Situación de examen I, la profesora titular y la vocal mediante Google Meet toman evaluación final oral a una estudiante. Al finalizar, empieza a llover de manera copiosa, una de las profesoras manifiesta su preocupación por salir rápidamente hasta el patio de su casa para sacar de la soga la ropa tendida y que no se moje.

Situación de examen II, profesores le toman examen sincrónico oral a un estudiante. Su presentación demuestra un manejo muy escaso de los contenidos, razón por la cual es

desaprobado. Una vez comunicada su desaprobación, entran en la escena de la videollamada integrantes de la familia de la estudiante que estaban presenciando la situación, manifestándole a los evaluadores que su familiar debía ser aprobado.

Situación de examen III, asincrónico y domiciliario, donde cada estudiante realizaba un trabajo escrito integrador sobre sus aprendizajes significativos, una alumna expresó que en uno de los encuentros sincrónicos del curso donde se trabajaba narrativa docente y cuerpo, con ejercicios de respiración, relación y conciencia corporal, su mamá que estaba en su casa, a la par de ella realizó también las actividades y aprendió sobre el tema y se sintió muy contenta.

Se expusieron tres escenas y podrían compartirse muchas más. Las mencionadas las he escuchado y dialogado en espacios de documentación narrativa, son instantáneas que ejemplifican situaciones en las cuales lo educativo gracias a la tecnología ingresó a la casa de las personas influyendo en la cotidianidad hogareña, desdibujando lo privado, que se hizo público. Así a través de los cuadrados diminutos del Meet o Zoom quedaron al descubierto fragmentos de la vida en el espacio privado, como por ejemplo voces e imágenes de los hijos, hermanos, abuelos, parejas, mascotas, etc. El mutearse y desmutearse, mostrarse u ocultarse, eran decisiones conscientes e inconscientes que implicaron otras maneras de ser y estar en una clase.

A la necesidad de conectividad y equipamiento informático, se le agregó la falta de contar con espacios privados para el estudio en el hogar, o el no poder despegarse de la obligación de cuidar a otros miembros de la familia ni siquiera por un rato, sobre todo aquellas personas a cargo de hijos muy pequeños.

Al fin de cuentas, no sabemos si el educando estaba o no prestando atención en la clase sincrónica, tuviera o no la cámara encendida. Hecho que tampoco sabemos en una clase presencial, si el estudiante está realmente prestando atención a lo que se está enseñando. Sin embargo, de lo que no hay dudas es que en una clase a distancia donde el estudiante se conecta el ámbito privado a través del soporte digital, hay muchos más elementos distractores que en un encuentro presencial, sobre todo para clases sincrónicas que coinciden con horarios donde la dinámica de una familia está en plena ebullición como por ejemplo el horario del almuerzo o la cena.

Por último, la tercera escena como ha resaltado Mariana Maggio en su libro “Educar en pandemia” la tercera escena, nos permite pensar que desconocemos quiénes nos están viendo o escuchando del otro lado de la pantalla más allá del cuadrado que podemos ver en la computadora en una reunión sincrónica de Google Meet o Zoom. Tal como propone la autora como nunca antes la educación no tiene fronteras, ni puertas, ni ventanas, ni paredes. Cada docente debe ser consciente que sus palabras son más públicas que en ningún otro momento de la historia, a pesar de quiénes lo están escuchando, porque realmente no puede controlar ni saber cuántas personas lo están viendo o escuchando, ni si su clase está siendo o no grabada, y si luego quizás será puesta en circulación en alguna red social, aún sin su conocimiento y consentimiento, lo cual es algo grave perder el control de la propia imagen. Hay una naturalización del registrar ya sea en fotos o por video para luego hacer circular, perdiendo de vista el consultar si todos los actores de la escena dan su permiso para que el material circule. Se da por sentado el consentimiento sin consultar, y es esto no lo inadecuado.

Faros en tormentas

En este apartado quisiera referirme a algunas experiencias como docente del nivel superior. La crisis por la pandemia me permitió estar más al tanto de las necesidades de mis alumnos, conocer sus preocupaciones, dado los espacios que desde las gestiones de los establecimientos educativos en los que me desempeño, se generaron para la orientación del cuerpo docente.

Otros espacios valiosos de conversación a distancia y sincrónica durante la pandemia fueron los TAIN (Taller de articulación interdisciplinario), que son espacios que existen en algunos profesorados, rentados y de encuentro entre educadores y educandos de una misma comisión, donde la palabra circuló para dialogar sobre las estrategias adoptadas en tiempos complejos: para la participación estudiantil, las modalidades de evaluación, etc.

Los TAIN existen desde el año 2008 como aporte del trabajo realizado por Jorge Huergo y María Verónica Piovani en la Dirección de Educación Superior de la Provincia de Buenos Aires, cuando se implementaron los nuevos diseños curriculares de los Profesorados de Educación Inicial, Primaria y Especial, incorporándose la perspectiva de comunicación/educación.

Los nuevos diseños contaron con una demanda histórica de los docentes: la consolidación programática de un espacio articulador con una carga horaria mensual de 4 horas, que reúne a los educadores (entre ellos y con los estudiantes) de cada curso, para pensar las prácticas y los procesos formativos de cada año de las carreras, denominado TAIN. Las reuniones poseen una carga horaria total mensual de 4 horas, que se desarrollan de forma bimestral, mensual o quincenal según la organización institucional. De este modo, resulta un espacio de pensamiento colectivo acerca de las prácticas, su contextualización y problematización, en relación a los marcos teóricos de los espacios curriculares intervinientes.

Estar trabajando en una atmosfera diferente, en medio de una crisis constante generó mucho estrés, facilitado también por informaciones, protocolos y otros documentos que constantemente llegaban desde la gestión desde los diferentes niveles de regulación. Los días parecían tener más de 24 horas, y no existían sábados, domingos o feriados que no se estuviera trabajando o recibiendo información. Se empezó a hablar del “derecho a la desconexión”, como la posibilidad de poner límites cuando el trabajo se realizaba desde la casa, aún hoy esto es un tema pendiente, pues más allá de los alumnos, son las superioridades las que envían comunicaciones y avisos laborales por fuera del horario y día de trabajo. Ello demuestra la necesidad de trabajar en acuerdos de convivencia digitales que incluyan reglas de etiqueta virtual.

El periodo 2020 y 2021 se caracterizó por ser un tiempo donde todo lo referido a lo escolar debía ser re-pensado, frente a un escenario inédito. Por otro lado, la pandemia demandó a estudiantes y docentes aprender a utilizar múltiples recursos que en la actualidad se siguen poniendo en juego, como Meet o Zoom. Así por ejemplo muchas reuniones educativas entre educadores y directivos se realizan a distancia, ahorrando el tiempo y el costo económico que demanda la presencialidad.

La pandemia dejó también como positivo la elaboración por parte de los equipos docentes de innumerables materiales educativos, que sirven para compartir con los nuevos grupos de alumnos, como resúmenes realizados en Power point, Prezi, etc, es decir, valiosas sistematizaciones bibliográficas que han llevado tiempo de producción y se continúan aprovechando sus beneficios.

La imposibilidad de clases presenciales durante la pandemia, obligó a repensar muchas de las dimensiones que comprenden los procesos de enseñanza y aprendizaje: el curso de ingreso, el desarrollo de las clases, la evaluación durante la cursada, la toma de exámenes finales, etc. Como positivo permitió pensar y llevar a la práctica “otros modos de hacer” que se caracterizan por un componente intensivo de virtualidad, que en ciertos casos han resultado valiosas innovaciones, dando lugar en la actualidad al desarrollo de experiencias educativas híbridas en niveles educativos terciarios y universitarios de grado, en los cuales me desempeño, por ejemplo, para el caso de la formación de estudiantes que se encuentran cursando los últimos años de sus carreras.

Se sabe de estudiantes que no se han adaptado a la no presencialidad, así como otros han encontrado otra forma de estudiar que les ha gustado mucho, por el ahorro de tiempo y dinero que implica el no trasladarse hasta la institución educativa. Sería oportuno poder brindar a los futuros estudiantes diferentes alternativas para acceder al conocimiento.

Por otro lado, es preocupante que, en algunos establecimientos educativos, se encuentren actores de la gestión, docentes y alumnos que parecen olvidar lo que pasó estos dos últimos años. Por suerte, la enfermedad se controló y pudimos retomar la presencialidad, pero ya no somos los mismos. Hay actores sociales que se adaptan mejor a los cambios que otros, pero algunos alumnos tienen secuelas psicológicas, de aprendizaje, dificultades para interactuar en grupos, entre otros.

En algunas instituciones del nivel superior de la ciudad de La Plata aún no se ha vuelto a la presencialidad plena, por problemas de infraestructura que existían desde antes de la pandemia: edificios con múltiples debilidades para el cursado (problemas en las instalaciones eléctricas, dificultades en una adecuada ventilación, entre otros) y que por ello se han inhabilitado. Lo cual demuestra la subestimación para aquellas personas que se forman en este nivel educativo, que no pueden gozar de clases presenciales semanales. Así, tienen cursadas que articulan lo virtual y lo presencial.

Finalmente quisiera mencionar, que tras la pandemia se ha visto un aumento en la deserción de los estudiantes del nivel superior. Los problemas económicos son una de las variables a considerar, pero también muchos han manifestado que empezaron carreras en

2020 o 2021 que, aunque presenciales fueron virtuales por la pandemia, y que posteriormente con la vuelta a la presencialidad plena no las pueden sostener, por superposición con horarios laborales, imposibilidad de organizarse con el cuidado de sus hijos o de solventar el costo de viaje hasta las instituciones educativas. De esta manera, demandan la posibilidad de estudiar a distancia. Ese es un reto para los miembros de las gestiones educativas en el contexto actual.

Producciones de sentido colectivas sobre el oficio docente

Desde el año 2013 integré el Nodo Narrativas al sur coordinado por Cecilia Tanoni, que es parte de la Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas. Posteriormente, en 2014 junto a otros colegas ayudé a gestar el Nodo de Narrativas Pedagógicas en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social en la Universidad Nacional de La Plata (FPyCS, UNLP). Estos espacios de reflexión colectiva fueron verdaderos faros para mi labor docente en tiempo de desconcierto, cuando no sabía cómo hacer pie en un escenario desconocido, en el cual nunca había caminado. Participé de los conversatorios, tertulias y todo tipo de evento colectivo que me permitió pensar con otros actores sociales.

Cuando se realiza la documentación narrativa de la experiencia docente, se abre la posibilidad de contar temas educativos de otra manera, habilitando la subjetividad y registrándolo en el papel o la pantalla con un formato de escritura flexible y abierto, alejado de la rigidez de las ponencias o papers académicos, que habilita ingredientes que otros tipos de textos académicos dejan fuera, invisibilizados, censurados, a pesar de que se sienta a gritos que necesitan presencia textual.

Lo interesante es que estas escrituras no son individuales, una vez producidas se ponen a rodar entre los miembros de la tribu de educadores para con el eco de los mismos, su autor lo mejore y realice nuevas versiones.

Como coordinadora de grupos de docentes que hacen narrativas docentes, es emocionante y movilizador contagiar a pares a experimentar esta forma de conocimiento y reflexión, evidenciando los profundos cambios subjetivos que les generan. En eventos académicos me he cruzado con personas miopes que señalan a la documentación narrativa

como un simple anecdotario y palabrerío, sobre todo aquellas que subestiman la perspectiva cualitativa.

En ese sentido, considero que el reto es promover el mirar y mirarse, analizar cómo se habita el oficio docente, con otros colegas: pensando, escribiendo, conversando, proyectando, con la firme convicción de que la forma de enseñar siempre puede ser mejor.

Referencias bibliográficas

-Maggio, M. (2021) Educación en pandemia. Editorial Paidós, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.